

## *Los Doctores y la Revolución en la América Latina\**

*Por Alvaro MENDOZA DIEZ, de la  
Universidad Nacional de Trujillo, Repú-  
blica del Perú. Colaboración especial  
para el Instituto de Investigaciones So-  
ciales de la Universidad Nacional Autó-  
noma de México.*

### PRIMERA PARTE

I. LA IMPORTANCIA DE LOS DOCTORES.—En ninguna otra región del mundo ni en ninguna otra época de la historia universal, como en la América Latina del siglo xx, vienen jugando papel tan revelante los profesionales e intelectuales. Este hecho de por sí constituye una invitación muy sugerente a la sociología latinoamericana en orden a estudiar concienzudamente la conducta de este grupo, pues, como se sabe, los doctores latinoamericanos, en materia política y social, no se limitan únicamente a formular la conciencia del grupo, sino que también son los eje-

\* NOTA DE LA REDACCIÓN.—A este estudio del Dr. Mendoza Díez subsiguen los elaborados por D. Víctor Alba y por el Dr. Émile Sicard sobre la Clase Media Latinoamericana y la “Inteligencia” de los países en desarrollo. Estos estudios, convergentes en cuanto a centro de interés, pueden diferir en el enfoque o las conclusiones. Al presentarlos subsiguiéndose, la *Revista Mexicana de Sociología* busca cooperar —como es obligatorio hacerlo en Sociología— a que mediante el contraste, la complementación y la compensación de diversas perspectivas de un mismo problema o de problemas conexos se obtenga la mayor aproximación posible a un conocimiento sociológicamente objetivo de nuestras realidades sociales, tratando de huir con ello tanto de la dispersión enciclopédica de las revistas de “cultura general” como de la rígida ortodoxia dogmática de los órganos partidistas.

cutivos de dicha conciencia. La primera revolución del siglo XIX no fue consumada por doctores, sino por caudillos militares, más que todo. La misma Revolución Francesa estuvo lejos de ser dirigida por este tipo civil de caudillos. En esta revolución los teóricos se limitaron a preparar, a través de un vasto movimiento ideológico, el camino por donde habrían de discurrir más tarde los ejecutores del movimiento.

En América Latina, por el contrario, las dos instancias suelen confundirse, y de tal modo, que hasta podría decirse que no es posible delimitar en los doctores revolucionarios dónde acaba el intelectual y dónde principia el caudillo. Los ejemplos son bastante conocidos: Haya de la Torre en el Perú, Rómulo Betancourt en Venezuela; Víctor Paz Estenssoro en Bolivia, Fidel Castro en Cuba, etc. Todos ellos son intelectuales y profesionales, a excepción de Haya de la Torre, que, por motivos conocidos, no pudo graduarse en la Universidad, aunque en compensación ostenta el grado de doctor "Honoris Causa".

Desde luego que no basta decir que ellos representan, más que todo, a la clase media de la cual proceden casi todos. Esta pertenencia de tipo clasista es mucho más importante de lo que aparece a primera vista, y por ello se justifica que se escriba la sociología de los intelectuales revolucionarios latinoamericanos. En lo que sigue intentaremos modestamente arrojar alguna luz sobre ellos en sus relaciones con la segunda revolución latinoamericana.

II. LA EMERGENCIA DE LOS DOCTORES.—Es inútil comprender el fenómeno de la emergencia de los letrados revolucionarios en América Latina sin antes conocer la estructura clasista de los países que la integran. A este respecto toda elaboración de un cuadro de las clases sociales latinoamericanas tiene que tener muy presente dos cosas: 1ª), los elementos foráneos, ya sea en la forma de penetración imperialista o en la de penetración de inmigrantes europeos, y 2ª), los elementos internos de cada país: clase alta, clase media y clase baja. De acuerdo con estos dos criterios combinados, tenemos el siguiente cuadro clasista de América Latina:

CLASE ALTA

A. GRAN BURGUESÍA.	1. Nacional	a) financiera.
		b) industrial.
		c) comercial.
		d) minera.
		e) agrícola.
		f) de servicios.
2. Imperialista	a) financiera.	
	b) industrial.	
	c) comercial.	
	d) minera.	
	e) agrícola.	
	f) de servicios.	
B. BURGUESÍA.	1. Nacional	a) financiera.
		b) industrial.
	c) comercial.	
	d) minera.	
	e) agrícola.	
	f) de servicios.	
2. Inmigrante	a) financiera.	
	b) industrial.	
	c) comercial.	
	d) minera.	
	e) agrícola.	
	f) de servicios.	
C. SEMIFEUDALES.	1. Nacionales	a) muy ricos.
		b) ricos.
	c) empobrecidos.	
2. Extranjeros	a) imperialistas.	
	b) inmigrantes.	

## CLASE MEDIA O CAPAS MEDIAS

Cuadro Núm. 1

A. ANTIGUA.	1. Nacionales	a) Rural <sup>1</sup>	I. Propietaria	<ul style="list-style-type: none"> <li>a) mediofundistas.</li> <li>b) minifundistas.</li> <li>c) parvifundistas.</li> </ul>
			II. No propietaria o arrendataria.	
	b) Urbana	I. Artesanos.		
		II. Pequeños y medianos industriales.		
2. Extranjeros	a) Rural <sup>1</sup>	I. Propietaria	<ul style="list-style-type: none"> <li>a) mediofundistas.</li> <li>b) minifundistas.</li> <li>c) parvifundistas.</li> </ul>	
		II. No propietaria o arrendataria.		
b) Urbana	I. Artesanos.			
	II. Pequeños y medianos industriales.			
3. Nacionales	a) Rural <sup>1</sup>	I. Propietaria	<ul style="list-style-type: none"> <li>a) mediofundistas.</li> <li>b) minifundistas.</li> <li>c) parvifundistas.</li> </ul>	
		II. No propietaria o arrendataria.		
b) Urbana	I. Artesanos.			
	II. Pequeños y medianos industriales.			
4. Extranjeros	a) Rural <sup>1</sup>	I. Propietaria	<ul style="list-style-type: none"> <li>a) mediofundistas.</li> <li>b) minifundistas.</li> <li>c) parvifundistas.</li> </ul>	
		II. No propietaria o arrendataria.		
b) Urbana	I. Artesanos.			
	II. Pequeños y medianos industriales.			

<sup>1</sup> Incluye a los miembros de asociaciones cooperativas y otros (comunidades de indígenas, cooperativas, ejidatarios, etc.).

CLASE MEDIA O CAPAS MEDIAS

Cuadro Núm. 2

B. NUEVA.	1. Nacional	a) Pública	I. Rural	{	a) alta. <sup>2</sup>
				b) media. <sup>2</sup>	
				c) baja. <sup>2</sup>	
		II. Urbana	{	a) alta.	
			b) media.		
			c) baja.		
	b) Privada	I. Rural	{	a) alta.	
			b) media.		
			c) baja.		
		II. Urbana	{	a) alta.	
			b) media.		
			c) baja.		
2. Extranjera	a) Pública	I. Rural	{	a) alta.	
			b) media.		
			c) baja.		
	II. Urbana	{	a) alta.		
		b) media.			
		c) baja.			
b) Privada	I. Rural	{	a) alta.		
		b) media.			
		c) baja.			
	II. Urbana	{	a) alta.		
		b) media.			
		c) baja.			

<sup>2</sup> No es redundante hablar en América Latina de una clase media o de un sector medio de la *middle class*.

CLASE BAJA<sup>3</sup>

A. OBREROS	}	1. Urbanos	{	<ul style="list-style-type: none"> <li>a) especializados.</li> <li>b) semiespecializados.</li> <li>c) no especializados.</li> <li>d) "burocracia obrera".</li> <li>e) lumpemproletariado.</li> </ul>
		2. Rurales	{	<ul style="list-style-type: none"> <li>a) especializados.</li> <li>b) semiespecializados.</li> <li>c) no especializados.</li> <li>d) "burocracia obrera".</li> <li>e) lumpemproletariado.</li> </ul>
B. DOMÉSTICOS	}	<ul style="list-style-type: none"> <li>1) bien pagados ("aristocracia doméstica").</li> <li>3) mal pagados.</li> <li>2) medianamente pagados.</li> <li>4) no pagados o gratuitos ("esclavos domésticos" que sólo reciben manutención y alojamiento, siendo más precaria su situación en las áreas rurales).</li> </ul>		
C. CAMPESINOS	}	<ul style="list-style-type: none"> <li>1) renta-trabajo.</li> <li>2) renta en especie (aparcería y otras modalidades análogas, que reciben distintos nombres según los países latinoamericanos).</li> <li>3) otras formas de servidumbre o semi-servidumbre que imperan sobre todo en los países latinoamericanos menos desarrollados.</li> </ul>		

Este es a grandes rasgos el cuadro clasista de América Latina y del cual emergen los doctores. Por cierto que los profesionales intelectuales de por sí no constituyen una clase, pero *individualmente* considerados todos pertenecen a una u otra clase social, aunque no necesariamente militen en la misma para toda su vida. De acuerdo con el dinamismo de su actividad, las coyunturas del mercado profesional, la extracción

<sup>3</sup> Todo ensayo de clasificación de las clases sociales es siempre relativo. Así, por ejemplo, los altos empleados de la clase alta, no obstante su subordinación, pertenecen de hecho a la clase a la que sirven. Esto tratándose del límite *superior* de la nueva clase media o burocracia. Del mismo modo, tomando el límite *superior* de la clase obrera (obreros especializados), cuyos miembros, al menos en Estados Unidos y otros países, se sienten integrantes de la clase media. Finalmente, los minifundistas y parvifundistas, que son el límite *inferior* de la antigua clase media, pertenecen de hecho a la clase baja.

social, las relaciones, etc., el grupo profesional e intelectual<sup>4</sup> goza de movilidad vertical.

Ahora bien, los integrantes del grupo profesional e intelectual en América Latina se reclutan en el seno de las tres clases sociales que hemos considerado: alta, media y baja, pero no en proporciones iguales. Precisamente, este desigual reclutamiento nos obliga a establecer las siguientes distinciones:

1<sup>a</sup> La clase media, tanto la antigua como la nueva, es la gran despensa del grupo mencionado. En líneas generales, los padres de la clase media, mejor dicho, los padres de familias pertenecientes a esta clase *no son tan pobres* como para no poder profesionalizar a sus hijos, pero a su vez *no son tan ricos* como para no necesitar profesionalizarlos. Más que cualquier otra clase social, gravita sobre la que nos ocupa el principio del determinismo profesional. En América Latina, especialmente en los países más atrasados, el título profesional y el grado de doctor ejercen una atracción extraordinaria y apenas creíble.

2<sup>a</sup> La alícuota de profesionales e intelectuales proporcionada por la clase alta es considerablemente menor que la ofrecida por la clase media, y ello se debe en gran parte al hecho de que el ejercicio del poder económico y la consecución de prestigio no necesitan anudarse al ejercicio de una profesión; pero cuando estos requerimientos existen, entonces deviene obligatoria la profesionalización de los hijos pertenecientes a la clase alta. Se observa este fenómeno en aquellas familias para las cuales profesionalizar a sus hijos es un imperativo económico, ya que sólo así estarán en condiciones de conservar y acrecentar los negocios y el patrimonio familiares. El mismo fenómeno se da en los casos de familias de clase alta cuyos bienes o negocios han disminuido sensiblemente, o encuentran condiciones adversas para mantenerse, o bien las expectativas no son muy halagüeñas. Las familias aristocráticas arruinadas o venidas a menos, así como las familias burguesas que confrontan situaciones análogas, se hallan en esta situación.

<sup>4</sup> No son estrictamente sinónimos los términos profesional e intelectual. He aquí las principales relaciones y diferencias: 1), todo profesional es un técnico que ejemplifica la máxima baconiana de "saber es poder", no así un intelectual; 2), todo intelectual es un creador, no así el profesional, a menos que devenga también un creador; 3), un intelectual puede lógicamente convertirse en profesional mediante el estudio en una universidad o instituto; 4), un profesional puede dejar de serlo en caso de inhabilitación, no así un intelectual, que a lo sumo, por conveniencias o por otras razones, puede dejar de producir, y 5), la influencia social del intelectual es mayor que la del profesional.

3ª En cuanto a los profesionales e intelectuales procedentes de la clase baja, su proporción es también pequeña. Sólo los obreros especializados y los bien retribuidos en general pueden darse el lujo de enviar a sus hijos a una universidad o instituto medio o superior, estando vedada esta posibilidad a los hijos de obreros semiespecializados, no especializados y mal remunerados en general. Lo propio ocurre con los hijos de los domésticos. Todo esto, naturalmente, no deja de ser válido por el hecho de que muchas veces algunos hijos de las capas más pobres de la población logran una profesión, ya sea merced a una beca, a una coyuntura favorable, a un golpe de suerte, a esfuerzos denodados de los interesados o de sus padres, o a cualquier otra circunstancia de carácter personal, familiar, económico o social.

III. EL COMPORTAMIENTO DE LOS DOCTORES.—El comportamiento del grupo profesional e intelectual debe de ser estudiado en dos momentos característicos cuando menos: en tiempos de relativa estabilidad económica, social y política, y en tiempos de cambio, ya sea violento o pacífico, entendiendo aquí por cambio una alteración positiva en lo correlación de fuerzas sociales y políticas que se traduce en un avance económico-político y no en un retroceso. Quedan, pues, de lado los movimientos contrarrevolucionarios o conservadores. Veamos brevemente cada una de estas dos actitudes del grupo que nos ocupa.

A. *En épocas de estabilidad.*—En épocas normales los profesionales e intelectuales se desenvuelven por los socorridos cauces del aburguesamiento total o parcial. La línea que orienta su conducta es generalmente el abandono de la clase media a que pertenecen, o de la baja, según los casos, para ascender en la escala de la estratificación social. La calidad de los cánones éticos puestos en juego durante el ejercicio profesional e intelectual depende de hechos más o menos ajenos a su propio grupo, siendo la moralidad ambiental decisiva a este respecto, aunque, naturalmente, ellos, por sus mayores conocimientos, sean capaces de elaborar y poner en práctica ciertos recursos negativos no “aprobados” por la moralidad ambiental, aunque de ella hayan partido los primeros estímulos. En cuanto al grupo profesional e intelectual de la clase alta, puede ocurrir que, o bien sus miembros no ejerzan la profesión para la cual estudiaron, sobre todo si puramente aficiones literarias fueron las que los empujaron a matricularse en una universidad, o bien que ejerzan si necesitan hacerlo, ya sea dentro de la esfera económico-familiar, o ya sea en forma liberal. Merced a sus relaciones



y vinculaciones de clase, el triunfo no constituye para ellos una meta lejana.

Desde un punto de vista objetivo, el grupo profesional e intelectual se distribuye principalmente en las siguientes esferas de actividad: 1ª), ejercicio independiente y liberal de sus respectivas profesiones; 2ª), ingreso al servicio del todopoderoso capitalismo financiero, industrial, comercial, territorial, minero, etc.; 3ª), asimilación a la burocracia pública; 4ª), asimilación total o parcial a la docencia, especialmente superior; 5ª), su conversión en propietarios de oficinas profesionales más o menos poderosas, o de establecimientos concordados con sus respectivas profesiones (oficinas o factorías jurídicas, clínicas, hospitales, boticas y farmacias, compañías constructoras, etc.), en los cuales, a su vez, dan cabida como asalariados a otros profesionales recién egresados o que solicitan empleo; 6ª), ingreso en la actividad política, ya sea por vocación o por resolver el problema de su subsistencia; 7ª), dedicación a las tareas específicas de investigación científica; 8ª), dedicación a actividades ajenas a la profesión, como, por ejemplo, el comercio y la industria, pero en forma independiente, y 9ª), ejercicio de la profesión entendida como apostolado. Huelga decir que la proporción de doctores en esta última esfera de actividad es muy reducida, y tanto que hay que hacer muchos esfuerzos para encontrar un médico o un abogado, por ejemplo, que hayan hecho del ejercicio profesional un verdadero apostolado, que, sin reparar en ventajas económicas inmediatas, sólo busca servir a los demás.

Cuando la meta del aburguesamiento es alcanzada, el profesional e intelectual devienen capitalistas, con un concepto del capital-renta antes que del capital-producción, diferenciándose en esto del artesano, que cuando logra aburguesarse sólo puede hacerlo conservando la noción del capital-producción.

Desde luego, en la realidad latinoamericana, sobre todo en los países de menor desarrollo, la meta del aburguesamiento egoísta no siempre es alcanzada, y más bien podría afirmarse que lo general es que la gran masa de profesionales y doctores consuma su existencia en el ejercicio rutinario y vegetativo. Es indudable que aquí se impone un estudio minucioso y detallado de cada país latinoamericano en orden a saber lo que pasa con las distintas clases de profesionales, que, en las circunstancias presentes, o bien compiten entre sí en forma despiadada, o bien son barridos de los campos del ejercicio autónomo por el desarrollo económico y asimilados por la burocracia, o bien también languidecen en aquellas áreas en donde la concentración de la propiedad nacional y extranjera es muy grande, al par que extremadamente dispersa la pequeña

propiedad, con exclusión de las bases económicas que constituyen el sustento más firme de una amplia y próspera clase media tanto rural como urbana.

B. *En épocas de cambio.*—Todo cambio social, cuando es verdaderamente revolucionario, no sobreviene de golpe, sino que siempre es precedido de una fase previa de incubación o preparación. En esto están de acuerdo todos los sociólogos y filósofos de todas las épocas.

Pues bien, la mayoría de países latinoamericanos registra una etapa de preparación e incubación a la que nos atrevemos a calificar de permanente y dilatada. A nosotros se nos aparece evidente y sin discusión que la duración de esta fase previa lleva siglos y data cuando menos de la fecha en que estos países se zafaron del yugo europeo, español y portugués. La Revolución Americana del siglo xix no colmó las expectativas económicas del pueblo. Es claro que si durante más de ciento veinte o ciento cuarenta años se niega la tierra a un pueblo que vive de ella, no puede extrañar a nadie que se viva en una etapa tensa y de incubación prerrevolucionaria de carácter permanente. Y por si esto fuera poco, al latifundio aunóse poco después la penetración del capitalismo imperialista. Los resultados son ampliamente conocidos: a la subordinación económica siguió la subordinación política, bajo la forma de un nuevo colonialismo. El fenómeno de la concentración de la tierra en manos de los latifundistas semif feudales no fue ya el único elemento distorsionador de la economía latinoamericana, pues se sumaron otros, como son el de la concentración de la tierra en manos de una minoría agrícola exportadora, el de la concentración de la propiedad minera y ferroviaria, el de la concentración de la propiedad industrial, comercial y bancaria. Las posibilidades para el desarrollo veloz de una burguesía nacional amplia y pujante fueron así mediatizadas, perpetuándose, en cambio, las miserables condiciones de existencia de las masas campesinas, así como las de numerosos sectores de la clase media, tanto antigua como nueva, con las poquísimas excepciones que veremos más adelante.

Por sus posibilidades económicas, sociales e intelectuales, los miembros de la clase media empezaron a colmar las universidades y en ellas abrieron ancho cauce a sus inquietudes. El nacionalismo surgente debió inevitablemente de orientarse por las vías del antiimperialismo y del antioligarquismo. Este nacionalismo fue distinto del europeo de hace cinco siglos, pues, *en primer lugar*, el nacionalismo europeo sólo fue antifeudal, mientras que el latinoamericano es también antiimperialista; *en segundo*

*lugar*, el nacionalismo europeo fue verdaderamente nacional en el sentido literal de la palabra, ya que por entonces no existían realmente las naciones del viejo mundo, mientras que el nacionalismo latinoamericano contemporáneo opera ya sobre una base nacional conquistada en el siglo xix en las guerras por la independencia, aun cuando esto no significa de ninguna manera que sociológicamente analizados sean los países latinoamericanos verdaderas naciones; *en tercer lugar*, el nacionalismo europeo de hace cinco siglos tuvo como adalides no tanto a la clase media como a la burguesía, que no quería seguir tolerando la opresión feudal, mientras que el nacionalismo latinoamericano, en cambio, exhibe como portaestandarte a la clase media más que todo; *en cuarto lugar*, el nacionalismo europeo encubría en el fondo las ambiciones de una burguesía manufacturera que aún no realizaba la denominada Revolución Industrial o invención de la máquina, mientras que el nacionalismo latinoamericano opera ya sobre una base mecánica, que incluye industrias livianas, semipesadas y hasta pesadas (siderúrgica, fabricación de automóviles, etc.); *en quinto lugar*, el nacionalismo europeo, al reflejar las aspiraciones de una burguesía que reclamaba todo el poder político para sí, con miras a desarrollarse plenamente como clase capitalista, no tuvo lógicamente otros modelos que imitar, mientras que el nacionalismo latinoamericano se halla en la situación dilemática de desarrollarse como sistema capitalista o como sistema socialista, ya que tiene ante sí justamente a estos dos modelos que dominan la escena contemporánea.

Llegamos así al meollo del problema: si el nacionalismo europeo fue definitivamente burgués, ¿también lo será el latinoamericano, tanto en su inspiración como en sus realizaciones, tomando en una sola unidad a todos los países latinoamericanos? Si el régimen burgués europeo en general, luego de triunfar sobre el feudalismo, sometió a su dominio a las masas trabajadoras ¿significa esto que lo propio ocurrirá en América Latina, siendo así que las masas populares en este semicontinente probablemente no lo permitan? Si el sistema de libre empresa fue el signo bajo el cual se desarrolló la Europa burguesa, ¿significa que lo propio acontecerá en América Latina una vez que logre su emancipación total, siendo así que una de las características del nacionalismo latinoamericano es precisamente el intervencionismo estatal? Si la burguesía europea, en su oportunidad, supo realmente lo que quería al combatir contra el feudalismo, teniendo como aliados a las masa obreras y campesinas ¿significa esto que los revolucionarios de América Latina saben realmente lo que quieren al proclamar lo que no quieren? ¿Significan

*algo concreto* las expresiones “Estado antiimperialista”, “democracia social”, “democracia regulada”, etc., utilizadas por los teóricos antiimperialistas de América Latina, Asia y África? ¿Qué régimen económico-social, en fin, prometen estos doctrinarios a las masas latinoamericanas, que aportan el contingente de su heroísmo y de su sangre? ¿Qué pueden decir a todo esto los doctores revolucionarios de Latinoamérica? ¿Qué es lo que realmente han hecho hasta el momento en aquellos países en los que han logrado triunfar? ¿Es cierto que gobiernan con los principios mesocráticos que informaron su inquietud inicial o no han hecho otra cosa en realidad que aliarse con sus antiguos enemigos de clase, situándose así en una posición crítica y delicada frente a las masas populares a las cuales tanto prometieron? ¿Pero es que realmente la clase media puede gobernar por sí sola durante un tiempo largo? ¿Acaso lo ha hecho alguna vez? ¿No es acaso su anticomunismo “congénito” tanto o más fuerte aún que el anticomunismo de las clases más poderosas? ¿No delata este anticomunismo la entraña típicamente capitalista de los líderes revolucionarios de América Latina? ¿Deberán las masas populares de este semicontinente seguir siempre a los doctores de la revolución?, ¿o los seguirán realmente? ¿Cuál es, en fin, el futuro próximo y lejano de los movimientos revolucionarios de Latinoamérica acaudillados por retrados, y qué otras influencias nacionales e internacionales surgirán o han surgido con la fuerza necesaria o no para imprimir un nuevo sesgo al proceso revolucionario de estos países?

Pero basta de preguntas. Más fecundo es tratar otros puntos pero en un plano menos inquisidor.

Ante todo, observamos que los revolucionarios latinoamericanos, esto es, los individuos a los que hemos llamado doctores, si bien pertenecen en su mayor parte a la clase media, también los hay procedentes de la clase alta. ¿Cómo explicar este fenómeno? ¿Cómo explicar, por ejemplo, que en Bolivia los principales líderes oficiales de la revolución pertenezcan a la clase alta, verbigracia, Paz Estenssoro?

A nuestro juicio, las razones fundamentales que explican este hecho son las siguientes:

1<sup>a</sup> La clase alta a la que pertenecen, o bien no es una verdadera clase alta en el sentido de su poder económico (los llamados “ricos pobres” de América Latina), o bien tampoco lo es en el sentido de su poder político, el mismo que es compartido por el imperialismo aliado con otra clase nacional, realmente alta en ambos sentidos, económico y político a la vez, y que puede ser una burguesía exportadora de mate-

rias primas agrícolas o mineras. Entonces, la clase alta venida a menos, que puede ser también una clase terrateniente sin mercado o una burguesía nacional postergada o asfixiada por las tenazas del imperialismo extranjero y de la oligarquía nacional, se siente tocada por el nacionalismo antiimperialista y hasta por ideales agrarios. Creemos que el caso de los doctores revolucionarios de la República de Bolivia ilustra esta primera causa.

2ª El odio experimentado hacia las dictaduras castrenses en las que son tan pródigos los países latinoamericanos. Este odio a las dictaduras puede determinar que reaccionen contra ellas. Se sostiene por algunos que el mismo movimiento de Fidel Castro fue inicialmente una reacción contra la dictadura y que el contenido económico de la revolución fue posterior, cuando hubo necesidad de dar satisfacción a las reivindicaciones agrarias del ejército de Sierra Maestra, integrado en su mayoría por campesinos.

3ª La clase alta a la que pertenecen se halla en un franco proceso de desintegración, y ellos que aún conservan intacto y fresco el manantial de sus sentimientos, deciden abandonarla y abrazar la causa del cambio. Esto ha ocurrido en todos los tiempos: ocurrió con Tiberio y Cayo Graco, nobles romanos y campeones de la reforma agraria; ocurrió también con Federico Engels, hijo de un rico burgués, hecho que no impidió su alianza intelectual con Marx para fundar la filosofía del materialismo dialéctico y la teoría más consecuentemente anticapitalista que hasta hoy se conoce en el mundo entero.

4ª El espíritu aventurero y el romanticismo de muchos intelectuales de la clase alta latinoamericana. Con este factor hay que contar siempre. Si hasta un Lord Byron se sintió tocado por este espíritu, ¿por qué no habría de ocurrir lo propio con ciertos nobles de Latinoamérica, herederos del espíritu aventurero hispano?

5ª El contagio ideológico experimentado en las universidades de América Latina al relacionarse teórica y prácticamente con las juventudes de clase media, tanto en las lecturas como en las luchas reformistas, políticas y antiimperialistas. Es un secreto a voces que el universitario latinoamericano hace tiempo que ha superado los marcos puramente domésticos de sus luchas reformistas.

Volviendo al problema de la reacción de los profesionales e intelectuales en los momentos de cambio, es necesario distinguir diversos tipos de comportamiento, entre los cuales los más importantes son los siguientes:

1º De modo general, los profesionales burgueses o mesócratas aburguesados defienden al sistema que los cobija, poniendo a su servicio todos sus talentos. Lo propio ocurre con los profesionales e intelectuales procedentes de la clase terrateniente exportadora y latifundista. En el caso de América Latina, como acabamos de verlo, pueden darse casos de desertión y contagio revolucionario, en cuya virtud se vuelven contra su propia clase.

2º Los doctores que no han logrado aburguesarse, ya sea por la falta de oportunidades, por la competencia desenfrenada en un estrecho mercado de servicios profesionales, por la acción de postergaciones que estiman injustas, o por cualquier otra circunstancia, pueden reaccionar frente al cambio revolucionario de diversas maneras, muchas de ellas contradictorias, y entre las cuales citamos:

a) Oposición al cambio, porque aún conservan en sus mentes la idea de que deben ascender por sus propios méritos individuales, molestandoles enormemente la emergencia de la gleba y del pueblo. Como buenos mesócratas, la única competencia que admiten es la individual y de ningún modo la competencia clasista. Deseosos de que se les reconozca poder y prestigio pero en la esfera normal y pacífica del ejercicio profesional se violentan cuando una situación revolucionaria se configura ante sus ojos. Son, pues, reaccionarios.

b) Indiferencia ante el cambio, estimando que la revolución no es asunto de ellos, sino de agitadores profesionales. Prefieren así ignorar la tormenta.

c) Desconcierto ante el cambio, al cual no atinan a explicarlo por no encajar en el marco de sus propias perspectivas. Como si dijeran: "Pero señor, para esto no hemos estudiado; ¿cómo es posible que nos hagan esto a nosotros? ¿Y ahora qué hacemos?"

d) Aceptación del cambio, ya sea porque éste es la expresión práctica de sus propias convicciones ocultas, en cuyo caso se trata de una aceptación *sincera*, o ya sea una aceptación *calculada*, que espera sacar provecho de la nueva situación sobrevenida, sabiendo que al fin y al cabo toda revolución triunfante necesita una legión inmensa de profesionales e intelectuales o ya sea, en fin, una aceptación inevitable y forzosa impuesta por los hechos mismos, pero sin que ella implique ni aceptación sincera ni aceptación calculada. Es una aceptación *resignada*.

Puede darse también un cuarto caso de aceptación, a la que podemos llamar aceptación *condicional* y que reviste un interés verdadera-

mente extraordinario en los momentos actuales. Dicho tipo de aceptación consiste en expresar conformidad con el cambio pero a condición de que las innovaciones se ajusten a sus propias convicciones e ideas de lo que debe ser y hacer un cambio. Sin haber participado en el cambio, quieren, sin embargo, legislarlo en sus últimos detalles, de tal manera que el cauce por donde discurre el torrente de la revolución no debe ser el que objetivamente aparece ante sus ojos, sino el que ellos subjetivamente han trazado. Así, por ejemplo, si estos profesionales e intelectuales son creyentes y religiosos, aceptarán el cambio o pueden aceptarlo a condición de que la Iglesia no sea tocada ni su jerarquía hostilizada. Igualmente, pueden estimar que el cambio está yendo demasiado lejos y que eso no está bien. Del mismo modo, si son nacionalistas admitirán sólo un cambio de este tipo, rechazando todo intento de los líderes y de las masas conducente a reforzar su propio movimiento a través de una vinculación, por ejemplo, económica con el mundo socialista. Es como si se les oyera decir: "Todo debe arreglarse entre nosotros, sin necesidad de recurrir a Rusia; nada tenemos que hacer con el comunismo, y si la revolución acepta o pide su ayuda, entonces estamos contra la revolución y declaramos traidores a sus líderes." Huelga subrayar el papel considerable que pueden jugar estos doctores en los períodos de contrarrevolución. Como quiera que muchos sectores del pueblo y, especialmente, de la clase media aceptan también el cambio, es posible que puedan constituirse en aliados de estos profesionales e intelectuales no sospechosos de ser enemigos del pueblo, puesto que, como hemos visto, aceptan igualmente el cambio pero condicionándolo a sus propias miras y horizontes.

Como revolucionarios teóricos, como revolucionarios de bufete, no aceptan siquiera ninguna limitación a la prensa enemiga por más que las mismas circunstancias objetivas la hagan inevitable. Fungiendo de demócratas "puros", ven con horror que los líderes de la revolución triunfante adopten poses dictatoriales y entonces piden inmediatamente que se convoque a elecciones. El ejemplo de Cuba, que se desarrolla ante nuestros ojos, ilustra admirablemente el caso de aceptación condicional del cambio.

e) Participación en el cambio, ya sea como autores de él, o ya sea como fuerza que se suma a él cuando ya ha estallado, o ya sea, en fin, como fuerza que es llamada por él en determinados momentos.

En este tipo de reacción, la aceptación condicional del cambio reviste aún mayores caracteres de peligrosidad para el movimiento que el que se ha indicado en cuarto lugar. La razón es obvia: se trata de acto-

res y no de espectadores de la revolución, y al decir esto se quiere significar que hay contacto íntimo y estrecho con las masas populares, las mismas que son susceptibles de seguirlos al momento en que empiecen a denostar a los líderes conceptuados como demasiado radicales e izquierdistas. Este seguimiento también puede ocurrir en muchos otros casos, como, por ejemplo, que las masas acepten como revolucionarias las medidas tomadas por los líderes situados ya en la posición de gobernantes, medidas de franco tinte conservador. Las masas no pueden concebir que quienes comandaron la revolución puedan ahora volverse atrás, y pese a que esto último ocurre, siguen, sin embargo, pres- tándoles adhesión. Evidentemente, la cultura política deficiente de las masas y los fenómenos emocionales y afectivos que entran en juego durante una revolución explican mucho de esta actitud contradictoria de las masas.

En los países latinoamericanos más atrasados se observa que la entrega al líder es total, especialmente cuando el partido al cual pertenecen las masas o al cual admiran tiene tras de sí una trayectoria jalonada de luchas y cruentas persecuciones por parte de las clases dominantes. Si de pronto, y aun sin que el cambio revolucionario se haya producido, dicho partido y sus líderes doctores reniegan de sus antiguas posiciones izquierdistas, las masas les siguen siendo fieles y no son capaces de realizar una crítica del volteretazo. Es como si su razonamiento se orientase en la siguiente dirección: “¿Es posible que un partido, incluyendo a sus líderes, que han luchado tantos años contra las dictaduras, cambien de posición y se vuelvan conservadores? No, no es posible; esta modificación de orientación sólo es una táctica para engañar a las clases dominantes.”

Los cinco tipos de reacción frente al cambio que acabamos de indicar (oposición, indiferencia, desconcierto, aceptación y participación) valen también para los profesionales e intelectuales burocratizados y no sólo para el grupo que ejerce su profesión en forma liberal e independiente.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Sería muy interesante estudiar comparativamente las reacciones de la burocracia latinoamericana y de la burocracia europea y americana. Bien sabemos que esta última —burocracia norteamericana— acusa comportamientos muy moderados en materia política, a tal punto que bien podríamos decir que es una fuerza más en el mantenimiento del orden social capitalista. Aventuramos la hipótesis de que la burocracia latinoamericana, por su mayor grado de explotación nacional e internacional, puede jugar un rol tal vez más significativo y positivo en el proceso revolucionario de América Latina. De todos modos, el problema queda planteado.



## SEGUNDA PARTE

I. LA REVOLUCIÓN DE LOS DOCTORES EN AMÉRICA LATINA.—En esta segunda parte ensayaremos comprender los movimientos revolucionarios ocurridos en América Latina en lo que va de corrido el presente siglo. Como es sabido, México fue el primer país latinoamericano en hacerse presente en el escenario de la revolución, y Cuba, hasta el momento, el último.

Este ensayo de comprensión lo haremos a la luz de dos criterios que nos parecen fundamentales: el primero se refiere al proceso mismo de maduración de las fuerzas revolucionarias dentro de los países latinoamericanos y el segundo se refiere a los estímulos procedentes de fuera, pero, naturalmente, de carácter revolucionario. Esta estimulación puede venir ya sea de otros países no latinoamericanos que también guardan semejanza con los nuestros en virtud de su subdesarrollo económico, o ya sea del llamado bloque socialista o comunista. Al primer criterio lo llamaremos criterio interno y al segundo, criterio externo.

A. *Criterio interno.*—De acuerdo con la evolución misma sufrida por las fuerzas sociales dentro de cada país latinoamericano, podemos, a su vez, considerar dos tipos de países: aquellos que carecen de masas indígenas (o si existen no son relevantes), que no son característicamente países latifundistas semif feudales, que exhiben condiciones favorables para el desarrollo económico o que no son muy hostiles para este desarrollo y que han sido y son recipientes de grandes cantidades de inmigrantes europeos. Entre estos países se encuentran Argentina, Uruguay, Chile y Brasil, aun cuando este último posee ciertas características que justificarían tal vez tratarlo aparte.

El otro tipo de países está constituido por aquellos que poseen grandes masas indígenas, exhiben una estructura semif feudal acusada, registran condiciones menos favorables para el desarrollo económico (aunque esto es muy relativo) y no han sido ni son grandes naciones receptoras de inmigrantes europeos. Ejemplos: Perú, Bolivia, etc.

Los países del primer tipo han logrado desarrollar una clase media y burguesa amplia y relativamente próspera, razón por la cual no se han producido en ellos grandes movimientos ni convulsiones sociales. Sumarizando, se puede decir que tales naciones no revelan el grado de miseria que se aprecia en los países del segundo tipo, de donde resulta

que una vez más se comprueba la verdad elemental contenida en el aserto de que en donde está la miseria está la revolución, a condición, naturalmente, de que existan fuerzas revolucionarias con capacidad para cambiar el estado de cosas.

Los países del primer tipo se pueden, digámoslo así, dar el lujo de elaborar planes de desarrollo económico, de tipo burgués, claro está, a sabiendas de que no van a tener dificultades derivadas de la presencia de grandes descontentos sociales de carácter latente o manifiesto. Estas "variables", están seguros de que no van a actuar para entorpecer su desarrollo económico.

Adviértase entonces cómo, a despecho de la penetración imperialista la presencia de una clase media amplia y relativamente próspera es un factor poderoso que frena y amortigua la lucha de clases entre el proletariado y las fuerzas oligárquico-imperialistas.

El fenómeno de la inmigración y la carencia de población indígena sumida en el analfabetismo y el pauperismo son factores que deben ser apreciados —como en efecto lo han sido— en todo su valor. De Argentina, por ejemplo, se podría afirmar, aunque sea en parte, lo que el profesor Corrado Gini ha dicho de Estados Unidos, esto es, que la nación mencionada es "un don de Europa". Sea dicho de paso, las analogías en el desarrollo histórico de Estados Unidos y de Argentina son altamente sugestivas. No conocemos ningún trabajo que se haya dedicado a hacer resaltar este paralelismo en el desarrollo histórico de ambos países. Tal vez exista, pero lamentablemente no lo conocemos.

En resumen, la reforma agraria no es factor relevante para el desarrollo de los países del primer tipo, sea porque carecen de masas indígenas apreciables, o sea porque, como ocurre con Chile, los recursos de la tierra no son muy numerosos, ni cuantitativa ni cualitativamente. Se ha configurado así el tipo del hacendado, del ganadero y del mediano propietario, no así la figura del propietario enano y pequeño, dominante en los países del segundo tipo.

Pero incluso las naciones del primer tipo no están vacunadas contra la baja internacional de los precios ni contra la inflación, que deprime el consumo habitual de las masas obreras hasta límites muy bajos, y por eso vemos contemporáneamente el estallido de huelgas en tales naciones, incluso en aquellas, como Uruguay, por ejemplo, que han elaborado dispositivos más o menos avanzados en materia de legislación social y que han creado también diversas formas de intervencionismo estatal de carácter empresarial.

En lo psicológico, los habitantes de los países del primer tipo acusan

marcadas tendencias etnocentristas, teniendo muchos de ellos prejuicios contra los habitantes del segundo tipo.

Pasando ahora a las naciones del segundo tipo —las más subdesarrolladas—, hay que anotar los principales fenómenos importantes: *a*), dispersión demótica de las masas indígenas; *b*), su increíble grado de miseria material e ignorancia; *c*), la acción tremendamente opresiva del imperialismo, de los latifundistas y de los exportadores, que media-tizan, todos ellos, a la débil burguesía nacional, poco numerosa también, y a la clase media, especialmente a la muy extensa mesocracia baja; *d*), contrastes regionales geográficos y socio-económicos, que incluyen también el centralismo económico, político y administrativo en favor de la capital; *e*), la falta de diversificación económica, prevaleciendo a menudo, aunque no siempre, la monoproducción o biproducción (“países campo-mina”); *f*), las fluctuaciones de precios de los artículos de exportación, que castigan fuertemente sus economías internas; *g*), la inflación, que deprime más el consumo de las masas; *h*), la inestabilidad política, las dictaduras pródigas y la influencia considerable de los clásicos grupos de presión, Iglesia y Ejército, etc.

Como resultado de la acción de estos factores (la dinámica de cada uno debe de ser objeto de un análisis más detallado), el ambiente revolucionario surge, correspondiendo a los partidos de clase media la responsabilidad de dirigir y canalizar positivamente el descontento, para volcarlo en una acción de masas susceptible de traducirse en una revolución violenta o pacífica (esto lo deciden las circunstancias), pero en todo caso triunfante. Objetivamente, son los partidos de clase media los llamados a dirigir estos movimientos, al menos hasta el momento. Las masas se dirigen a ellos y no tanto a los poco desarrollados partidos comunistas, cuyos efectivos, sin embargo, van creciendo sin cesar en toda América Latina. Además, los mismos partidos de clase media, así como los de la clase alta, han cumplido muy bien su tarea de presentar al comunismo como lo más opuesto al desarrollo del país, y no se puede decir que hayan fracasado en su intento de crear sentimientos anticomunistas entre sus afiliados. Súmese a su acción la llevada a cabo por los mismos gobiernos oligárquicos e imperialistas, en forma de persecuciones, asesinatos, propaganda, enseñanza en casi todos los grados, etcétera, al igual que la realizada por los poderes eclesiásticos entre sus feligreses, y entonces se tendrá una imagen más o menos amplia del poco desarrollo del comunismo partidario entre los países latinoamericanos y del por qué de este poco desarrollo, sin contar naturalmente el incipiente desarrollo industrial como factor importante en la consti-

tución de un amplio y poderoso proletariado urbano, aun cuando no está de más recordar que esta premisa —la del previo desarrollo industrial para que aparezca un moderno proletariado susceptible de contagiarse con ideas comunistas— ya no funciona más en América Latina, y sería un absurdo pensar lo contrario. Quienquiera que sea capaz de leer en el marxismo no sólo la línea sino también la interlínea, comprenderá rápidamente que el espíritu de esta doctrina es algo elemental y sencillo, pudiendo resumirse en pocas palabras: “En donde está la miseria está la revolución.” El leninismo no hace más que confirmar que esto es así, sin que debamos pensar jamás que Lenin tuvo en mente “superar” al marxismo al enunciar la posibilidad y la necesidad del triunfo de la revolución proletaria y social, en su más amplio sentido, en aquellos países a los cuales justamente se había desplazado el imperialismo, vale decir, la miseria, desplazamiento que trajo consigo un alivio a los proletariados de los países europeos y norteamericano imperialistas.

La mejor prueba de que las cosas están ocurriendo de este modo, nos la proporciona el caso de Guatemala, en la cual, durante el gobierno de Jacobo Arbenz, tuvieron los comunistas una influencia más o menos importante. Por eso, sin dejar de reconocer que objetivamente los partidos de clase media son aún los que capitalizan las simpatías de las masas populares, también hay que reconocer por otro lado que el caudal y el prestigio de los partidos comunistas está experimentando un rápido crecimiento, ascenso en el que actúa como espolón de primer orden el éxito arrollador del comunismo en otros continentes, principalmente en la Unión Soviética y en la China Roja.

En resumen, pues, la existencia de una clase burguesa nacional débil y poco numerosa, de una clase media alta igualmente poco numerosa, de una clase media baja muy numerosa, de un proletariado urbano y rural pobre y hasta miserable y de grandes masas indígenas sumidas en la más grande de las miserias, son los factores internos más relevantes en los países del segundo grupo en orden a propiciar un clima permanente de subversión.

En la tipificación de los movimientos revolucionarios latinoamericanos hay que tener en cuenta los alcances de cada uno, esto es, si atacaron sólo a la feudalidad o si atacaron a ésta y también al imperialismo. Este es un criterio muy importante y que se merece más de unas cuantas cuartillas. Así, por ejemplo, México, de 1910 a 1929, consumió más que todo una revolución antifeudal, y fue sólo en 1938 que con Lázaro Cárdenas asestó un fuerte golpe al imperialismo arrebatándole el petróleo. Con posterioridad y hasta nuestros días este país viene efec-

tuando nuevas nacionalizaciones. Por tanto, México no atacó a sus dos enemigos al mismo tiempo, sino a uno tras otro. México, para nosotros, representa el primer país latinoamericano que sin deber nada a la inmigración y con una base demótica indígena muy grande, ensayó con éxito la revolución. Por ello creemos que el orgullo de los mexicanos es el más legítimo que pueda existir en América Latina. Su música popular y su pintura son los exponentes más altos del alma mexicana contemporánea.

Sin embargo, esto no debe hacernos alimentar un optimismo exagerado. La propia vecindad del imperialismo yanqui y la circunstancia de ser un régimen de clases determinan los aspectos negativos que exhibe todavía México, los mismos que han sido reconocidos por los propios mexicanos. Así, Lucio Mendieta y Núñez ha propuesto el concepto de "contrarrevolución pacífica" para designar el fenómeno de amalgama que se opera después de una revolución triunfante consistente en la recuperación, por los vencidos, de posiciones sociales, mejor dicho, más que todo económicas. Ello se debe, de acuerdo a lo manifestado por el mismo sociólogo, a dos hechos: 1º, a que no toda la clase pudiente es abatida, sino únicamente los que "están en el poder y los inmediatamente ligados al régimen", sin que los neutrales sean molestados "y por más que sufran en sus intereses materiales logran poner a salvo parte de su capital cuando menos: alhajas, bienes raíces, depósitos bancarios y acciones de compañías industriales o comerciales en el extranjero"; y 2º, a que se opera una alianza económica y familiar entre estos antiguos ricos con los nuevos ricos engendrados por la revolución, alianza que "pone en práctica, sin que para ello sea necesario acuerdo o convenio expreso, la contrarrevolución pacífica... que consiste en mover una serie de influencias cerca de los que mandan y en oponer una serie de resistencias sordas, efectivas, para anular o retrasar la realización de los principios revolucionarios; o bien, si éstos subsisten en la legislación, logran que o no se apliquen o que se apliquen de tal modo que en la práctica resulten completamente desvirtuados en su misma esencia".<sup>6</sup> El profesor Mendieta y Núñez aplica su tesis de la contra-

<sup>6</sup> *Teoría de la Revolución*, Lucio Mendieta y Núñez, serie *Cuadernos de Sociología*, Biblioteca de Ensayos Sociológicos, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F., 1959. Véanse los capítulos V (especialmente pp. 69-82) y XIII (especialmente pp. 161-166). Es interesante anotar que la Revolución Rusa es la única que, según el propio Mendieta, no ha sido seguida de la contrarrevolución pacífica. Esto significa entonces que el punto de vista clasista es decisivo para definir la posibilidad o imposibilidad de que se

revolución pacífica a la Revolución Mexicana y encuentra que, por ejemplo, la ley reglamentaria de los postulados humanos más avanzados sobre el trabajo contenidos en la Constitución de 1917 no fue expedida inmediatamente, sino que “se retrasó algo así como catorce años”; igualmente, las bases del Seguro Social sentadas en la misma Constitución se hicieron “realidad, aproximadamente, veintiséis años después”; del mismo modo, la participación obrera en las utilidades de las empresas, ordenada por la Carta del 17, “todavía hoy, a cuarenta y dos años de distancia, no se cumple”, como tampoco se cumple “la disposición constitucional que obliga a las negociaciones industriales a crear y sostener escuelas para los hijos de sus obreros”. Y por lo que toca a la reforma agraria, anota el mismo Mendieta, “se ha realizado lenta y defectuosamente y se han introducido en las leyes reglamentarias diversas disposiciones que hacen posible la existencia de latifundios prohibidos por el artículo 27 de la Constitución”.

En orden cronológico sigue a México <sup>7</sup> un país mediterráneo, Bolivia, que en 1952 hizo su revolución agraria y también una revolución antiimperialista parcial, rescatando el estaño de manos de bolivianos aliados con el imperialismo. En rigor, Bolivia fue un país en el que más gravitó su agricultura semifeudal que el imperialismo mismo, y es por eso que ahora observamos más bien que su desarrollo económico se está ligando cada vez más con el imperialismo yanqui, lo cual no hubiera tenido sentido si la revolución de 1952 hubiese sido tanto antiimperialista como antifeudal. Creemos que éste es un rasgo que no debe pasarse por alto al estudiar la revolución en cada país latinoamericano. Cabe entonces preguntarse si los objetivos de la revolución boliviana serán alcanzados en su integridad, a condición, por supuesto, de que esos obje-

opere este tipo de contrarrevolución. Una cosa es consumir una revolución de tipo democraticoburgués, o algo que se le parece, y otra muy distinta es consumir una revolución socialista.

<sup>7</sup> Deliberadamente hemos omitido aquí el caso de Uruguay, que, a partir de 1903 con José Batlle y Ordóñez, no tuvo grandes dificultades en nacionalizar las empresas inglesas, sobre todo. El imperialismo inglés en Uruguay no incidió en la minería, prácticamente inexistente en esta pequeña república, sino más que todo en la industria y en los servicios. Algo así como un “imperialismo de tipo urbano”. El imperialismo es muy sensible cuando se atacan sus posesiones mineras, por razones obvias, y también sus posesiones agrícolas. Además, en Uruguay ni el Ejército ni la Iglesia han sido jamás grupos de presión fuertes. Todo esto sin contar el gran aporte de la inmigración ni el fenómeno que ya ha sido señalado, referente a la inexistencia de masas indígenas. Realmente, no todos los países latinoamericanos, en virtud de sus peculiaridades históricas, económicas, geográficas y sociales, confrontan los mismos problemas o, pese a confrontarlos, no los experimentan con la misma intensidad.

tivos hayan sido formulados con claridad. Por lo pronto, se sabe que los grupos proletarios de las minas nacionalizadas muestran a cada momento su disconformidad con las medidas del gobierno revolucionario, sobre todo en lo que atañe a los planes de estabilización, planes que en esencia no consisten en otra cosa que en cargar y descargar sobre las espaldas de los trabajadores todo el fardo de las dificultades económicas, so pretexto de llevar a cabo el “slogan” de moda, el famoso desarrollo económico. Habría que aplicar también a Bolivia la tesis de la contrarrevolución pacífica sostenida por Mendieta y Núñez, especialmente en la parte que dice: “La contrarrevolución pacífica establece, generalmente, largos períodos de paz porque conjuga los intereses de las *élites* de los vencedores y de los vencidos; pero está preñada de peligros, pues cuando llega a aniquilar totalmente a la revolución o impide que ésta realice sus principios esenciales o los deforma hasta hacerlos prácticamente nugatorios, vuelve a crearse un clima social de inquietud y descontento. No hay nada peor que una revolución frustrada; es como esos medicamentos que alivian los síntomas, pero que no curan el mal que rebrota, a la primera oportunidad, tarde o temprano” (obra citada, pág. 80). La misma reforma agraria boliviana, especialmente en su aspecto de formación de cooperativas, es hasta el momento más una promesa que una realidad lograda, pese a los ocho años transcurridos. Es evidente que en un futuro no muy lejano el país del altiplano habrá de depararnos nuevas sorpresas, y no por cierto tal vez sorpresas de tipo contrarrevolucionario. Con todo, no puede dejar de reconocerse que Bolivia ha dado un paso adelante con su revolución de 1952, con la cual ha liberado las energías de su pueblo, especialmente las de sus masas indígenas y proletarias, que se han templado en la lucha revolucionaria. La acción enérgica de las masas populares puede ser un factor relevante en el control de los actos llevados a cabo por sus doctores gobernantes.

El caso de la Guatemala de Jacobo Arbenz es bien conocido. La reforma agraria comprometió los intereses del imperialismo, y esto unido a la influencia que los comunistas tenían en el gobierno determinó la reacción casi instantánea del imperialismo norteamericano. La revolución fue derrotada.

Otro país que se halla también en la encrucijada es Venezuela. Sus doctores gobernantes distan mucho de haber realizado una revolución agraria y antiimperialista. En estos aspectos, sus actos no han ido hasta el momento más allá de tímidas migajas arrancadas al imperialismo yanqui, que explota el petróleo, ni más allá de una caricatura de refor-

ma agraria. No en vano han surgido discrepancias entre los líderes ni diferenciaciones en los cuadros partidistas. Mejor dicho, no por azar ni capricho. Las famosas alas izquierdas de los partidos de clase media traducen inequívocamente el hecho de que la revolución de los doctores pueden, en ciertos momentos, ser traicionada por los mismos doctores. Sobre esto no hay que llamarse a engaño.

Finalmente, tenemos el caso de Cuba, actualmente comprometida en una lucha titánica contra el imperialismo yanqui. La revolución cubana, a nuestro juicio, dista mucho de ser una revolución de tipo democraticoburgués clásico; el contenido popular de sus efectivos es demasiado amplio como para afiliarla al género de movimientos burgueses y nacionalistas. Su misma reforma agraria está poniendo acento marcado en la formación de cooperativas y no sólo en la tendencia a formar pequeños y medianos propietarios. Su acción en este campo —en el cooperativo— ha hecho muchísimo más hasta el momento que lo que la revolución boliviana ha hecho en el mismo campo, no obstante la mayor antigüedad de esta última. Las propias condiciones en que se gestó el movimiento, el escenario mismo en donde hizo su aparición, los contingentes campesinos y proletarios que mayormente constituyeron sus efectivos, el valor y coraje de sus líderes, la decisión de llevar la revolución hasta sus últimas consecuencias, su posición francamente antiimperialista, etc., son factores que hacen pensar fundadamente que la revolución cubana que se desarrolla ante nuestros ojos irá mucho más lejos de lo que han ido otros países latinoamericanos anteriormente. La marejada misma de los acontecimientos, evidentemente ha radicalizado a sus líderes, especialmente al doctor Fidel Castro. Y el hecho mismo de que entre sus cuadros directivos se encuentre otro doctor, el famoso *Che* Guevara, acusa, quiérase o no, el carácter internacional de la revolución cubana. Que sepamos, no ha surgido ningún prejuicio etnocentrista que solicite la destitución de este revolucionario argentino de los organismos o del organismo en que funge como primer responsable.

Al igual que la revolución guatemalteca, la revolución cubana ha atacado simultáneamente a la clase semifeudal y al imperialismo, diferenciándose en esto de otras revoluciones, por ejemplo, la boliviana y la mexicana; pero sus líderes, indudablemente, y así lo han manifestado, saben que el imperialismo querrá aplicarles la misma política represiva que aplicaron al régimen de Arbenz, pero están preparados para esta eventualidad. En repetidas ocasiones han manifestado que “Cuba no es Guatemala”. La convocatoria de la O.E.A. no parece haber dado resultados susceptibles de traducirse en una intervención armada contra



la Cuba revolucionaria. La reiteración de este tipo de conferencias cada vez que el imperialismo es tocado, traduce más que todo el pensamiento negativo del imperialismo yanqui, que, con su énfasis en la doctrina de Monroe, sólo persigue perpetuar las condiciones de dominio y explotación a que han sido sometidos los países de América Latina.

Es muy difícil conservar la serenidad ante esta clase de eventos revolucionarios; sin embargo, hablando con toda objetividad, es necesario reconocer que la revolución cubana es un jalón importantísimo en el proceso de las luchas por la emancipación nacional de América Latina. Indudablemente es todo un ejemplo para los países que aún no han consumado su propia revolución. Además, es un fenómeno que forzosamente marca la radicalización del sentimiento libertario y compromete a las masas en una acción unánime contra los clásicos enemigos del progreso económico y social de nuestros pueblos. En la cadena de las revoluciones frustradas, el ejemplo cubano parece ser una notable excepción en América Latina.

De otro lado, existe un factor muy importante que debe de ser tenido en cuenta. Nos referimos al escenario geográfico en donde principió la revolución: Sierra Maestra. Desde los puntos de vista estratégico y social parece confirmarse en América Latina un principio que viene rigiendo desde las luchas emancipadoras del siglo XIX. El general San Martín, para poner un ejemplo referido al Perú, proclamó la independencia de esta nación en la *ciudad* de Lima el año 1821, pero los españoles hicieron caso omiso de esta declaración y se mantuvieron en la *sierra* durante tres años más, luchando contra los ejércitos patriotas de carácter internacional, hasta que por fin en diciembre de 1824 la revolución los destruyó. Mostróse, pues, la sierra como el hogar natural de la resistencia, no importa quien la opusiese. Un fenómeno semejante se repitió durante la guerra que el Perú sostuvo contra Chile: vencedores éstos en la *costa*, la última resistencia fue opuesta en la *sierra* del norperuano por el mariscal Cáceres. Lo propio ocurrió con el Partido Comunista Chino, cuando sus enemigos lo obligaron a actuar en el *campo*, desde donde fueron poco a poco ganando terreno hacia las *ciudades*. Todo esto sin contar el conocidísimo hecho de que en todas las épocas los guerrilleros se han atrincherado siempre en las montañas, desde las cuales podían operar con éxito contra un enemigo superior, regular y bien organizado. Finalmente, tenemos el caso de Cuba cuya revolución partió también de la sierra a la ciudad.

Estos fenómenos, lo creemos así, constituyen una invitación insinuante para escribir algo así como una Sociogeografía de la Re-

volución. Ciertamente es natural que muchas e importantes revoluciones se han gestado en las ciudades y el campo los ha seguido después, pero esto ha ocurrido cuando en las ciudades todo un régimen estaba corrompido, de tal manera que las mismas fuerzas ciudadanas no encontraban serios obstáculos en derrotarlo. Si decimos que el campo, la sierra, es el hogar estratégico y social de la revolución, con ello queremos significar que tal cosa sólo es posible merced a la concurrencia de una situación caracterizada por la presencia de un régimen fuerte todavía que opera en las ciudades, de tal suerte que sería inútil intentar abatirlo allí mismo, imponiéndose entonces la organización "agrícola" del movimiento, desde donde empieza a acosar al régimen citadino al cual quiere derribar.

Pero en el caso de las revoluciones antiimperialistas y antifeudales, la sierra, el agro, no sólo es el hogar estratégico de la revolución, sino también el hogar social, atento el hecho de que la primera tarea de toda revolución latinoamericana que estalla en un país que exhibe una fuerte estructura latifundaria, consiste precisamente en liberar a las masas indígenas que sufren la explotación feudal. La sierra, el agro, como *hogar estratégico* de un movimiento, vale para cualquier fuerza social, sean cuales fueren sus objetivos, revolucionarios o reaccionarios, pero el agro, la sierra, como *hogar social* de un movimiento sólo puede valer y triunfar si encarna los anhelos de las masas que allí se encuentran viviendo en condiciones económicas y sociales negativas.

Sean o no verdaderas estas ideas, creemos que bien vale la pena dedicarles alguna atención.

En cuanto a los países latinoamericanos que aún no han efectuado ninguna revolución, ni antifeudal ni antiimperialista, ello obedece a múltiples causas según los países: puede no existir todavía un movimiento popular bien organizado, aunque haya un partido; puede existir tanto el partido organizado como la masa, pero si las resistencias opuestas por el enemigo son demasiado poderosas entonces son reducidas las oportunidades para rebelarse; puede también darse objetivamente el cúmulo de circunstancias favorables para la revolución, pero puede no existir la circunstancia subjetiva que organiza y precipita el movimiento, o, en su defecto, existiendo esa circunstancia subjetiva de pronto, por razones variadas, se metamorfoseó en otra de renuncia a la acción revolucionaria, etc. Para los países latinoamericanos que se hallan en trance de desarrollo, esto es, que no pertenecen "strictu sensu" a la categoría de países subdesarrollados, tanto las circunstancias objetivas como subjetivas parecen no existir.

Es evidente que una Teoría de la Revolución en los países de América Latina tiene que confrontar una multitud de variables, de todo tipo y calibre, pero es evidente también que las dificultades no deben constituir una traba o una valla para la sociología latinoamericana. Esto puede incluso intentarse sin necesidad de que una tal sociología tome partido por el cambio revolucionario. Manteniéndose en los dominios de la pura objetividad e imparcialidad, la tarea mencionada puede ser realizada. No puede decirse que una Sociología de la Revolución Latinoamericana se incline, a través de las conclusiones de sus autores, por la revolución, como tampoco puede decirse que el primer hombre que advirtió que todos los seres humanos tenían que morir algún día, quería en realidad que todos se muriesen. Como hecho puramente científico, la revolución latinoamericana es un fenómeno altamente seductor.

B. *Criterio externo.*—Todo el análisis anterior, referente al criterio interno, quedaría incompleto si omitiésemos el estudio del criterio externo, representado, como ya hemos dicho, por revoluciones nacionalistas y por revoluciones socialistas ocurridas fuera del continente. En realidad, el mundo ha dejado de ser un conjunto de regiones aisladas entre sí. Esta verdad de perogrullo significa, en el problema que nos ocupa, que los acontecimientos que ocurren en otras latitudes tienen forzosamente que repercutir en las demás áreas que son sensibles a hacerse eco de ellos. Esta sensibilidad, en el fondo, no hace otra cosa que reflejar la gran verdad de que los problemas humanos tienen un carácter de universalidad, carácter de universalidad que se tiñe de un carácter de especificidad cuando las soluciones para esos problemas son consideradas idénticas por todos aquellos países que confrontan los mismos problemas específicos. Es claro que una reforma agraria, entendida como fenómeno de supresión de latifundios por vía revolucionaria, no tiene por qué encontrar eco ni imitación en países que ya la han consumado o que no tienen necesidad de ella. Aquí lo más que se puede esperar en materia de sensibilidad simpática es la defensa de dicho fenómeno por gentes, partidos o agrupaciones que anhelan realmente la implantación de la justicia social en todas partes del mundo.

Cosa muy distinta, sin embargo, ocurre en aquellas zonas que padecen los mismos problemas en lo que tienen de esencial. Así, por ejemplo, la nacionalización del Canal de Suez por Egipto es evidente que repercutió hondamente y estimuló el sentimiento antiimperialista de los pueblos sojuzgados aún por el imperialismo mundial. La misma reforma

agraria consumada por la China de Mao Tse Tung, pese a la ideología que exhibe, es un fenómeno que llama la atención de todos los pueblos de Latinoamérica, especialmente de los más atrasados. Se piensa por muchos que es el modelo chino y no el soviético el que más conviene a los intereses de una reforma agraria entre nosotros.

En suma, pues, son dos los tipos de revolución no latinoamericana que influyen notablemente en estas naciones: los movimientos nacionalistas y los movimientos socialistas. El problema surge cuando se trata de evaluar la magnitud de la influencia de cada uno de ellos. Aquí intervienen otra vez los prejuicios y las ideologías de cada individuo. Pero como quiera que a nosotros no nos interesan ni los prejuicios ni las ideologías en pugna, debemos hacer un balance objetivo de los hechos y de sus repercusiones.

En primer lugar, los movimientos nacionalistas influyen más que todo como poderosos *estimulantes* de la conciencia revolucionaria latinoamericana, tanto antifeudal como antiimperialista. Son algo así como los ejemplos que hay que imitar. Así, la recuperación del Canal de Suez por Egipto estimuló y sigue estimulando un deseo análogo entre los panameños con respecto al Canal de Panamá. En cambio, los movimientos socialistas no suscitan deseos de imitación, excepto en los partidos comunistas latinoamericanos, sino que se comportan como firmes *garantizadores* del éxito de las revoluciones americanas ya producidas. La ayuda de la Unión Soviética a Cuba, manifestada en los planos económico, político y guerrero, ayuda que Castro no desestimó, es una buena prueba de ello. El apoyo socialista a la revolución cubana tiene un carácter pragmático y concreto. No se trata de una simple expresión de solidaridad, sino de un ofrecimiento cuyas ventajas se pueden, digámoslo así, palpar y tocar. Esto es innegable y lo es a tal punto que la reacción del imperialismo yanqui fue instantánea. Encontró así un motivo más para acusar de comunista al régimen de Fidel Castro, acusación que por lo demás dejó a éste sin cuidado. Abandonado por los demás países latinoamericanos y hasta atacado por ellos, el barbudo revolucionario no vaciló en aceptar la ayuda soviética, y al actuar de esta manera tuvo en mente asegurar el triunfo de su movimiento en la fase de la consolidación y organización. Desde este punto de vista, puede afirmarse que el comportamiento de Castro no ha sido ni más ni menos que el de un empresario que hace todo cuanto está a su alcance para evitar la quiebra de su negocio, aceptando la ayuda de otro en un momento en que todos sus competidores le dan la espalda y buscan su ruina. Subjetivamente, Castro tiene que haber sopesado bastante las con-

secuencias de su actitud al aceptar la ayuda rusa, pero en su decisión última más gravitó la necesidad de salvar su buque del naufragio. Además, el ofrecimiento de ayuda no pudo haber venido en mejor momento, esto es, en el momento en que más urgido estaba de ella. Indudablemente, Fidel Castro no es comunista, pero resulta meridianamente claro que no se necesita serlo para aceptar la ayuda del comunismo si es que en ello se juega el éxito de la empresa revolucionaria. Quienes piensan que de este modo, el régimen de Fidel Castro no ha hecho más que confirmar la acusación norteamericana de que es un movimiento comunista están grandemente equivocados. Si, por hipótesis, todos los demás países latinoamericanos, o la mayoría de ellos, hubiesen ofrecido a Cuba su respaldo, no sólo moral, sino también y sobre todo material, Fidel Castro jamás hubiese aceptado la ayuda soviética. Lo hizo sólo cuando se convenció que estaba totalmente huérfano de apoyo en Latinoamérica. Claro está que en la Conferencia de Cancilleres no se aprobaron medidas inmediatas de intervención, pero es obvio que también aquí los países latinoamericanos no podían arriesgarse a tanto. Tal cosa habría equivalido a comportarse absurdamente, en franca posición de desafío contra el socialismo mundial. Además, el peso de la opinión pública en sus respectivos países, favorable a la causa cubana, no podía desdeñarse. Igualmente, no debe olvidarse que el desarrollo económico de los países latinoamericanos obliga a los gobiernos a no presentarse abiertamente en contra de la Unión Soviética, viendo en ella una carta con la cual pueden hacerle el juego al imperialismo yanqui, explotando su espíritu anticomunista. Finalmente, y conforme lo dijera Castro con toda justeza al aceptar la ayuda rusa, la Unión Soviética es la potencia militar más poderosa del mundo. Y este hecho, quiérase o no, tiene que pesar mucho en los ánimos de quienes son anticomunistas rabiosos, pero que tienen aún la capacidad de advertir que no deben cometerse imprudencias si es que ellas pueden ser evitadas.

En segundo lugar, la gran pugna de nuestro tiempo no está en la dicotomía nacionalismo versus imperialismo, sino en la otra: imperialismo versus socialismo. No comprender este hecho con claridad es fuente de muchas confusiones que llevan el sello indudable del espíritu pequeñoburgués. Este espíritu pequeñoburgués, cerradamente estrecho, está causando un inmenso daño en América Latina. Muchos, en efecto, saludaron con alegría el movimiento castrista, pero cuando se produjo el fenómeno de la ayuda económico-militar soviética viraron en redondo y empezaron a protestar. Como si dijeren: "Estamos con Castro, pero a condición que no acepte ninguna ayuda de Rusia; si la acepta estamos

en contra de él." Evidentemente, la incongruencia aquí es muy grande y no cabe suponerla mayor. ¿A qué conduce tal modo de razonar sino a desamparar en su totalidad el movimiento del doctor Fidel Castro? Al manifestar que están con Castro, en realidad están contra él, y al manifestar que están contra él si acepta la ayuda socialista en realidad nunca han estado con él. En política pesan más los hechos o las posiciones que las declaraciones. Siempre ha sido así. Pero el espíritu pequeño-burgués, estrechamente nacionalista, no lo advierte o no quiere advertirlo, con lo cual no hace más que hacerle el juego al imperialismo y levantar murallas de contención a la revolución latinoamericana en los demás países. Y esto es tanto más grave cuanto más se tiene en cuenta que en lo sucesivo ningún movimiento de emancipación podrá triunfar sin la ayuda soviética. Este es un hecho y no una suposición subjetiva dictada por un pensamiento inmaduro. ¿Puede suponerse acaso que en el futuro Rusia se abstendrá de apoyar el movimiento revolucionario latinoamericano, siendo así que no lo ha hecho en el caso de Cuba? ¿Puede suponerse que más tarde se retraiga, siendo que sus logros económicos, científicos y culturales van en aumento, al par que su incontrastable poderío militar? Objetivamente, nada de esto puede suponerse.<sup>8</sup>

II. LOS DOCTORES Y EL FUTURO DE LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA.—Los fenómenos y procesos que configuran los criterios interno y externo que hemos desarrollado no se dan aisladamente, y si los hemos analizado por separado es sólo por razones metodológicas. En realidad, se hallan íntimamente entrelazados y de ningún modo los procesos internos en los momentos actuales pueden concebirse independientemente de las influencias exteriores. En esta interacción, que es a la vez dependencia y autonomía, pero más que todo dependencia en cuanto a la garantía que el socialismo mundial aporta para el triunfo de los movimientos revolucionarios latinoamericanos, se pueden formular dos hipótesis incompatibles entre sí: que los doctores revolucionarios, representantes en realidad del punto de vista mesocrático, se aferren a su ideología peculiar dictada por su misma posición de clase, o bien que, por el contrario, llevados por el oleaje de los acontecimientos, se radicalicen y superando sus propios patrones ideológicos den un paso adelante en materia de construcción de un régimen económico-social que no corresponda a la imagen que de él se han trazado. En el primer caso, evidentemente el proceso de la revolución se atrasará o deformará. En el

<sup>8</sup> Recuérdese que cuando fue derribado el régimen de Arbenz en Guatemala, aún no poseía cohetes ni había lanzado el "sputnik" la Unión Soviética.

segundo caso, triunfará pero a costa de marchar por la senda que conduce al socialismo. No creemos que en materia de regímenes económicos y sociales haya una tercera alternativa, esto es, que sea posible elegir algo así como un sistema intermedio entre capitalismo y socialismo. Hasta qué punto esta elaboración es un producto típico de una mente de clase media, se revela en el hecho de que quiere situarse en una posición céntrica y equidistante del capitalismo —la burguesía— y del socialismo —el proletariado—. Y naturalmente entre la burguesía y el proletariado está la clase media. Esto no quiere decir naturalmente que el socialismo en Latinoamérica será una imagen reflejada, un calco exacto del socialismo soviético o chino. De ninguna manera. Si lo que más aterroriza a la clase media y a los doctores liberales es la fuerza política y violenta de la dictadura proletaria, habrá que recordar la tesis marxista de la posibilidad del triunfo pacífico del socialismo. El partido comunista italiano, por ejemplo, insiste siempre en su deseo de alcanzar el poder político en la península por medios pacíficos, y realmente no se puede decir que se trata de una tesis revisionista o antimarxista-leninista. Además, debe recordarse que la violencia revolucionaria no es un fenómeno de carácter ideológico o subjetivo, sino más bien, y por el contrario, un fenómeno concreto y objetivo: es la fuerza o grado de resistencia que opone el enemigo de clase el que define el “cuantum” de violencia revolucionaria que deberá emplearse contra dicho enemigo. Si, por hipótesis, las clases dominantes resignan y abdican el poder y sus privilegios económicos, sería insensato pensar en que se les exterminará. La misma revolución socialista china está dando un mentís categórico a este pensamiento: la re-educación de la burguesía y de los antiguos enemigos de clase del proletariado y del campesinado es un hecho concreto y no una elucubración subjetiva. La re-educación de la burguesía china por el trabajo es el fenómeno psicosociológico más importante que conoce la historia del mundo. Se profundiza así la tesis marxista de que es la existencia social la que condiciona la conciencia social: en determinadas condiciones, como son las que están operando actualmente en China Roja, esa misma conciencia social, fruto de una condición de existencia social y material anterior es susceptible de ser transformada en el sentido de hacerla evolucionar en un sentido favorable a los destinos humanos. Se consagra además el principio de la infinita plasticidad del espíritu humano. Pero, repetimos, para que ello ocurra deben darse ciertas condiciones, que son semejantes a las que se crean en el laboratorio por los científicos, sólo que aquí se trata de un laboratorio infinitamente más amplio y más significativo.

De las dos hipótesis anteriormente enunciadas, es plausible que la segunda ocurra, esto es, que las clases medias —en el supuesto, claro está, de que sigan manteniendo la primacía en la dirección de los movimientos nacionalistas latinoamericanos—, se radicalicen y superen sus puntos de vista clasistas, los mismos que, dicho sea de paso, no tienen consistencia, pues hasta ahora no han podido decir qué clase de régimen económico-social piensan construir una vez en el poder. Las condiciones para la radicalización existen objetivamente: el crecimiento de los partidos comunistas internos de cada país y la tremenda estimulación y garantía proporcionadas por el bloque socialista mundial. Sólo así se cristalizará, por metamorfosis cualitativa, el humanismo de los doctores revolucionarios de América Latina.

Pero si en caso, se aferran a sus clásicas posiciones de clase media, entonces la revolución se retrasará, pero nada más, ya que el comunismo interno, esto es, los partidos comunistas, les arrebatarán inexorablemente la dirección de los movimientos revolucionarios, para proseguir en línea recta hacia el objetivo final.

Todo esto vale, más que todo, para los países latinoamericanos que exhiben el mayor índice de subdesarrollo. Para aquellos, como Argentina y Uruguay, por ejemplo, el proceso *puede* ser distinto: en ellos tal vez sea la evolución natural de la tecnología el factor que tanto o más decisivamente que la acción revolucionaria sea el responsable del cambio, sin excluir naturalmente en ningún momento una eventual acción de masas de carácter francamente revolucionario. Después de todo, la misma evolución de la tecnología, en su versión actual de automatización, contribuirá a acentuar, o a provocar, los desniveles y desigualdades, incluyendo la desocupación en masa. Nada tiene de raro entonces que en tales circunstancias los afectados se vean obligados a capturar el poder a fin de poner coto a la situación y organizar socialísticamente la economía. En los países más avanzados la automatización está haciendo ya estragos temibles, y podría causarlos también en las naciones más avanzadas de América Latina. De este modo, la revolución socialista en ellas tendría o podría tener un carácter pacífico, al igual que lo tuvo su “revolución” nacionalista (y lo sigue aún teniendo). En cuanto al plazo en que esto ocurrirá no se puede, naturalmente, fijar con precisión absoluta; tal vez haya que prever una situación en que Argentina, por ejemplo, devenga país imperialista en América Latina.

Para los efectos de la llamada integración latinoamericana es indudable que ella no podrá llevarse a cabo dentro de los moldes actuales, sino dentro de los moldes socialistas, conforme lo estamos viendo



actualmente en los países comunistas de Europa y Asia. Incluso puede suponerse que todos los países latinoamericanos han consumado ya su independencia económica de tipo nacionalista-burgués o pre-burgués. Incluso en este caso las rivalidades no terminarán sino que tal vez ellas se agudicen aún más, debido a que con una clase burguesa fuerte o en vías de serlo querrán expandirse económicamente por la vía del comercio internacional. Y, como sabemos, ningún país por sí solo puede reclamar el monopolio de producir un artículo determinado con destino a la exportación. Si, entonces, ningún país latinoamericano, ni cualquier otro del mundo, pero subdesarrollado, puede pensar que él sólo producirá, por ejemplo, trigo, o petróleo, o carnes, o azúcar, o algodón, o cobre, etc., etc., se deduce entonces que la competencia puede agudizarse y el problema de la integración quedar sin resolver. Claro que puede argüirse que en tales condiciones los países emancipados económicamente del imperialismo y de la oligarquía podrían dedicarse a satisfacer las demandas de sus respectivos mercados internos, con lo cual quedaría poco que exportar, pero aun así las cosas no se resolverían atento el hecho de que en el poder estarán las clases burguesas, a las cuales no les interesa tanto colmar sus propios mercados sino en la medida en que obtengan el mayor lucro. Medido en términos de justicia social, ninguna integración económica de carácter capitalista resuelve los anhelos de las masas populares. El caso de Estados Unidos es la mejor prueba en cuanto a país que prácticamente ha resuelto el problema de su mercado interno, pero sin que por ello pueda decirse que lo ha hecho sólo a costa de su propio esfuerzo, sin ofender a nadie, esto es, sin imperialismo.

Además, la integración económica surge como problema *justamente* a causa de las dificultades que crean las exportaciones internacionales de los mismos productos, y desde este punto de vista no pueden abrigarse esperanzas fundadas de que los países latinoamericanos emancipados se integren pacíficamente y de una vez por todas y para siempre, en tanto estén en el poder clases propietarias rivales y nacionalistas.

Creemos que la percepción cabal de estos problemas ayudará a los doctores revolucionarios de América Latina a orientar su acción política y organizadora, pero antes que este futuro, más o menos lejano, está aquel otro futuro cercano de la consumación de la revolución económica destinada a emancipar a los países de América Latina del dominio del imperialismo y de la oligarquía, de la cual ya nos hemos ocupado y en la cual los mencionados doctores pueden jugar y jugarán todavía un papel relevante.